

Lamento a Dios por Haití

Leonardo Boff, 29-Enero-2010

Hay un viacrucis de sufrimiento con estaciones que nunca terminan en el pequeño y pobre país de Haití. Sufrimiento en el cuerpo, en el alma, en el corazón, en la mente asaltada por fantasmas de pánico y de muerte. También hay mucho sufrimiento en todos los seres humanos que no han perdido el sentido mínimo de humanidad y de solidaridad.

De esta compasión universal nace una misteriosa comunidad que anula las diferencias, las religiones, las ideologías que antes nos separaban y nos dividían. Ahora sólo cuenta la común *humanitas* absurdamente maltratada, que debe ser socorrida.

Con cada haitiano que sufre bajo los escombros o que muere de sed y de hambre, también nosotros morimos un poco con él. A fin de cuentas somos hermanos y hermanas de la única y misma familia. ¿Cómo no sufrir?

Pero hay también un sufrimiento profundo y desgarrador en las personas de fe que proclaman que Dios es Padre y Madre de bondad y de amor. ¿Cómo seguir creyendo? Quejosos nos preguntamos: «Dios, ¿dónde estabas cuando se formó aquel temblor que diezmó a tus hijos e hijas más pobres y sufridos de todo Occidente? ¿Por qué no interviniste? ¿No eres el Creador de la Tierra con sus continentes y sus placas tectónicas? ¿No eres Padre y Madre de ternura, especialmente de aquéllos que son como tu Hijo Jesús los injustamente crucificados de la historia? ¿Por qué?».

Este silencio de Dios es aterrador, porque simplemente no tiene respuesta. Por más que genios como Job, Buda, San Agustín, Tomás de Aquino, Leibniz hayan diseñado argumentos para eximir a Dios y explicar el dolor, no por eso el dolor desaparece ni la tragedia deja de existir. La comprensión del dolor no elimina el dolor, del mismo modo que oír recetas de cocina no quita el hambre.

El mismo Jesús no estuvo exento de la angustia y el sufrimiento. Desde lo alto de la cruz lanzó un grito desgarrador al cielo, quejándose: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?».

Damos la razón a Job, irritado con sus «amigos» que le querían explicar el sentido de su dolor: «Vosotros no sois más que charlatanes y falsos médicos: si al menos os callaseis, los hombres os tomarían por sabios». Pero no podemos callar. Hay demasiado dolor y la noche es tenebrosa. Necesitamos alguna luz.

Aun incluso sin luz, seguimos creyendo con el corazón partido, porque estamos convencidos de que el caos y la tragedia no pueden tener la última

palabra. Dios es tan poderoso que puede sacar bien del mal, sólo que no sabemos cómo. Esperanzados, apostamos por esta posibilidad que no deja que nuestras lágrimas sean en vano. Creemos además que Dios puede ser aquello que no comprendemos. Por encima de la razón que quiere explicaciones, está el misterio que pide silencio y reverencia. Él esconde el sentido secreto de todos los eventos, también de los trágicos.

Me identifico con el poema de un gran argentino, Juan Gelman, que perdió un hijo durante la represión militar:

**«Padre,
desde los cielos bájate, he olvidado
las oraciones que me enseñó la abuela,
pobrecita, ella reposa ahora,
no tiene que lavar, limpiar,
no tiene que preocuparse andando el día por la ropa,
no tiene que velar la noche, pena y pena,
rezar, pedirte cosas, rezongarte dulcemente.
Desde los cielos bájate, si estás, bájate entonces,
que me muero de hambre en esta esquina,
que no sé de qué sirve haber nacido,
que me miro las manos rechazadas,
que no hay trabajo, no, no hay,
bájate un poco, contempla
esto que soy, este zapato roto,
esta angustia, este estómago vacío,
esta ciudad sin pan para mis dientes,
la fiebre cavándome la carne,
este dormir así,
bajo la lluvia, castigado por el frío, perseguido
te digo que no entiendo, Padre, bájate,
tócame el alma, mírame el corazón,
yo no robé, no asesiné, fui niño
y en cambio me golpean y golpean,
te digo que no entiendo, Padre, bájate, si estás,
que busco resignación en mí y no tengo
y voy a agarrarme la rabia y a afilarla para pegar
y voy a gritar a sangre en cuello
por que no puedo más;
tengo riñones
y soy un hombre, bájate,
¿qué han hecho de tu criatura, Padre?
¿Un animal furioso
que mastica la piedra de la calle?»**

Que el Padre baje sobre el pueblo haitiano con su amor.

Haití... ¿Dónde estaba Dios?

Por Ron Rolheiser, Oblato de María Inmaculada.

¿Dónde está Dios en las innumerables tragedias que ocurren en nuestro mundo? ¿Dónde está Dios cuando sucede algo pernicioso a gente buena? ¿Dónde estaba Dios durante el Holocausto?

Estas son preguntas perennes, y, tomadas juntas, constituyen lo que con frecuencia se llama la “cuestión de teodicea”. La cuestión de Dios y del sufrimiento humano.

Con muchísima frecuencia esta cuestión nos golpea con especial agresividad, como ocurrió hace unas semanas a causa del terremoto de Haití. Más o menos, han muerto entre un cuarto de millón y medio millón de personas, miles quedaron heridas, cientos de miles sin techo ni casa; más miles todavía de personas confrontan ahora la temida posibilidad de contraer enfermedades por falta de agua potable, alimento, vivienda e higiene; su ciudad capital ha sido casi completamente destruida, y prácticamente todos los habitantes del país han perdido seres queridos. Y todo esto sucedió a una de las naciones más pobres del mundo – y a un pueblo que siente profunda fe en Dios.

¿Dónde está Dios en todo esto? ¿Cómo encuentra uno una perspectiva de fe en la que se pueda entender esto? No es fácil.

Cuando buscamos respuesta en la Escritura, nos encontramos con que ni las escrituras judías ni Jesús tratan la cuestión de modo filosófico, a saber, con el tipo de estilo que los escritores apologistas, tanto cristianos como judíos, han intentado contestarlas. En su lugar, la Escritura y Jesús hacen dos cosas: Primera, sitúan el sufrimiento y la tragedia dentro de una perspectiva más amplia en la que se percibe a Dios más como sufriendo con nosotros para redimirnos que como rescatándonos del mal. Segunda, la Escritura y Jesús nos aseguran que Dios está con nosotros, como compañero sufriente, en cualquier tragedia.

Por ejemplo, hay un obsesivo paralelo entre lo que sucedió en Haití y lo que se describe en el primer libro de Samuel, cuando el pueblo de Israel fue derrotado por los filisteos, en sangrienta batalla. He aquí un extracto de la lectura:

“Mandaron gente a Siló, y de allí trajeron el arca de la alianza del Señor Todopoderoso, que tiene su trono sobre querubines. Los dos hijos de Elí, Jofní y Fineés, volvieron con el arca de la alianza de Dios. Cuando el arca de la alianza del Señor llegó al campamento, todo Israel lanzó a pleno pulmón el grito de guerra, y la tierra retembló. (...) [Y con esa fe y confianza, Israel marchó a la batalla, pero] ... Los filisteos se lanzaron a la lucha y derrotaron a los israelitas, que huyeron a la desbandada. Fue una derrota tremenda: cayeron treinta mil soldados de la infantería israelita. El arca de Dios fue capturada y los dos hijos de Elí -Jofní y Fineés- murieron” (1 Sm, 4,4-11).

Uno no tiene que forzar la imaginación para escribir un impresionante paralelo:

Así, el pueblo de Haití practicaba su fe cristiana con piedad y confianza. Los haitianos iban a sus iglesias, recibían la eucaristía, y encendían velas a su Dios. Y confiaban que su Dios los protegería. Pero vino un gran terremoto. Cientos de miles de su pueblo murieron, sus grandes edificios quedaron totalmente derruidos, ruinas por doquier, casi todas sus iglesias destruidas; su querida catedral colapsó y se desplomó, y el arzobispo murió bajo las ruinas de su “palacio”.

Entonces, ¿dónde estaba Dios cuando ocurrió todo esto?

El libro de Samuel no trata de escribir una apología para explicar lo que pasó aquel día, cuando el pueblo, que justamente había celebrado su fe y confianza en Dios, fue completamente derrotado en la batalla. No intenta explicar dónde estaba Dios cuando eso ocurrió. Simplemente continúa contando su historia, y, al fin, vemos cómo Dios redime una tragedia de la que no rescató a las víctimas. Deja claro también que Dios estaba con el pueblo de Israel, incluso mientras eran totalmente derrotados.

Jesús nos ofrece en esencia la misma perspectiva: Cuando su amigo Lázaro estaba agonizando, no se apresuró para estar a su lado y rescatarlo de la muerte. Aguardó hasta que Lázaro estuviera ya muerto, y sólo entonces fue a la casa de sus amigas. Allí salieron al encuentro de Jesús las dos hermanas de Lázaro, Marta y María, que le preguntaron -cada una de ellas- la misma pregunta lacerante: ¿Dónde estabas cuando nuestro hermano estaba agonizando? ¿Por qué no viniste a curarle?

Jesús, por su parte, no aborda la pregunta de frente. En cambio, simplemente pregunta: “¿Dónde le habéis puesto?” Ellas responden: “Ven, te lo vamos a mostrar”. Le llevan a la tumba, y cuando Jesús ve el sepulcro y bebe de la misma copa de dolor de Marta y María, se sienta y comienza a llorar. Entra dentro de la aflicción de sus amigas y la comparte con ellas. Sólo después da vida de nuevo al cuerpo muerto de su amigo difunto.

¿Dónde estaba Dios cuando el terremoto de Haití?

Estaba llorando con su pueblo, llorando fuera de las fosas comunes, sentado sumido por la tristeza al lado de los edificios colapsados.

Él estaba allí, aunque no proporcionó rescate al estilo de Hollywood o de Superman. Además, podemos estar seguros de que redimirá lo perdido. Dentro del tiempo inmenso de Dios, finalmente, ni una sola vida, ni un solo sueño que murieron en Haití, permanecerán sin redención. Al final, todos quedarán bien, todo saldrá bien, y toda forma de ser quedará recuperada y perfecta.

¿Dios en Haití?

“Haití Personifica hoy a los pueblos crucificados”.

Por: Asociación de Teólogos Juan XXIII:

La **tragedia de Haití** suscita no pocas preguntas religiosas. La ciencia da respuestas acerca de por qué y cómo suceden los fenómenos pero, como decía Wittgenstein, una vez alcanzadas las soluciones científicas, permanecen las preguntas de sentido y significado, que escapan al ámbito científico.

En la tragedia de Haití concurren dos fenómenos convergentes y diferentes. Por una parte, la situación de la isla caribeña en una zona sísmica, con frecuentes terremotos y maremotos, expuesta también a huracanes y ciclones, en una de las partes más vulnerables del planeta. Por otra, **la agresiva mano del ser humano**, que ha desforestado Haití, sobreexplotado sus reservas naturales y construido poblaciones y ciudades carentes de los mínimos de seguridad.

Las condiciones extremadamente precarias en que los colonizadores dejaron el país, la tradición racista y esclavista, la corrupción generalizada, la dictadura de gobiernos explotadores, como los Duvalier, y la injusta distribución de los recursos han aumentado los males de la isla. Se ha hundido todo, incluido el casco histórico y los organismos estatales, pero **se ha preservado el moderno barrio rico de "Pétion Ville"**, en Puerto Príncipe, como también la vecina y menos desafortunada República Dominicana.

A la luz de estos datos, la pregunta religiosa "*¿dónde está Dios?*" no es ni puede ser la primera. Haití ejemplariza lo que ya pasó con el tsunami de Indonesia y las hambrunas sub-saharianas.

Hay pueblos, naciones y Estados que viven en la miseria, sin capacidad para defenderse de las catástrofes naturales. **El orden internacional está montado sobre la concentración de riqueza en el 20% de la humanidad y el desamparo de buena parte de ésta.**

Por sí solos los pueblos empobrecidos no pueden salir de su miseria, agravada por multinacionales que esquilman los recursos para obtener grandes beneficios en poco tiempo, gobiernos propios corruptos y vendidos, y países ricos que protegen sus intereses y los de sus compañías en el Tercer Mundo.

Sin este orden de cosas se hubiera podido evitar la repercusión de la catástrofe o habría sido muchísimo menor. Pero los habitantes de Haití son tan pobres que ni siquiera tienen capacidad para recibir y repartir la ayuda que les llega. ¿Quién tiene la culpa? El actual orden internacional que sólo puede sostenerse en base al poder económico, político y militar de los países ricos, y la persistente corrupción de las elites dirigentes del país.

¿Y Dios? **Seguimos buscando al dios relojero de Newton**, que ajusta la maquinaria del universo para arreglar sus disfuncionalidades. Pedimos milagros naturales; que Dios envíe las lluvias o las pare, detenga los tifones, haga prodigios. Eso era también lo que pedía el pueblo a Jesús, el deseo con el que el espíritu del mal le tentaba (poder, prestigio y dinero), y el sueño de los discípulos (un Mesías milagrero).

Dos mil años después **seguimos buscando un Dios-providencia a nuestro servicio, un super-padre protector** y un ser omnipotente que nos proteja de la naturaleza. Pero Dios no intervino para evitar el Gólgota, ni tampoco Auschwitz, ni ha evitado pestes, hambrunas y otros desastres.

Creemos, con todo, que el mal es también un misterio que encaja difícilmente con la imagen de un Dios omnipotente y misericordioso, sobre todo cuando se traduce en sufrimiento de los pobres y de los inocentes.

La ciencia formula las leyes de la naturaleza y explica las causas de los desastres, facilitando el progreso y el avance en el control de ella. **Dios no tiene celos del ser humano**, imagen suya, sino que capacita a la persona para ser creadora y generar vida. Le ha dado a la humanidad una responsabilidad en el mundo con la condición de que todos los seres humanos y la propia naturaleza participen equitativamente de las

riquezas del universo. Defiende al pobre y al oprimido, y bendice a los que trabajan por la paz y la justicia, valores del Reino de Dios

Dios no es neutral, **está en Haití en las víctimas y en cuantas personas trabajan allí solidariamente**, se identifica con las víctimas y hace de ellas el criterio del juicio divino (Mt 25,31-46). Nadie tiene derecho a hablar en su nombre, sólo ellas y quienes comparten sus sufrimientos. Pero todos podemos y debemos hacernos presentes en Haití, atender a las necesidades urgentes de los haitianos y colaborar en su reconstrucción. Pero eso no basta. Dentro de pocos meses Haití será un mero recuerdo, excepto para los que siguen allí.

La gran tragedia del siglo XXI es la de una humanidad que tiene recursos suficientes para acabar con el hambre y mitigar las catástrofes naturales, pero prefiere emplearlos en armamento, para defenderse de los pobres; en policías, para evitar que lleguen los inmigrantes a nuestras islas de riqueza; y en los despilfarros consumistas de una minoría de países. Del mal de Haití somos todos responsables, especialmente los países más ricos, y la solidaridad no puede quedarse en un momento puntual, aunque sea necesaria, sino que exige otra forma de vida.

Haití personifica hoy a los pueblos crucificados, y la única respuesta válida es comprometernos para que no haya más Haitís asolados ni Palestinas masacradas, como tampoco más Auschwitz e Hiroshimas. Todos tenemos que cambiar, y la referencia al Dios de Jesús ha de ser el gran acicate de justicia y solidaridad para los que nos llamamos cristianos.

Firman este documento los siguientes miembros de la Asociación Juan XXIII:

José Luis Andavert, Xavier Alegre, Juan Barreto, Fernando Bermúdez, José Manuel Bernal, Rafael Calonge, José María Castillo (vocal), José Centeno, Juan Antonio Estrada, Benjamín Forcano, Máximo García Ruiz (vocal), José Ignacio González Faus, Julio Lois, Francisco Margallo, Eduardo Malvado, Albert Moliner, Federico Pastor (presidente), Jesús Peláez, Victorino Pérez Prieto, Margarita Pintos, José Luis Quirós, Alfredo Tamayo Ayestarán (vicepresidente), Juan José Tamayo-Acosta (secretario general), Rufino Velasco, José Vico, Evaristo Villar, Juan Yzuel.

¿Está Dios en Haití?

Por Juan A. Estrada, Jesuita

Desde la perspectiva científica, el terremoto tiene una doble explicación. Por un lado, una zona sísmica, siempre amenazada por terremotos y maremotos, que se suceden con frecuencia. Por otra, que se ha practicado una deforestación masiva del país, que contrasta con la superficie de la República Dominicana, la otra parte de la isla.

Además, se ha dado una sobreexplotación del suelo, un agotamiento de los recursos naturales, en parte por empresas que han sido pan para hoy y hambre para mañana, y

una fuerte explosión demográfica bajo gobiernos corruptos y dictatoriales, como los Duvalier, cuyo heredero se gasta hoy su fortuna en Francia. Cuando el terremoto llegó, casi todo se vino abajo, incluido el centro histórico y las instalaciones estatales. Pero el barrio rico y moderno de Pétiion Ville, en Puerto Príncipe, apenas ha sufrido daños. Es una isla segura, sólida y bien librada del azote natural.

La conclusión es evidente: con otra política y otro gobierno, otra distribución de la riqueza y otro tipo de construcciones se hubiera amortiguado mucho la violencia de la naturaleza en el país más pobre de América. Antes que preguntarse por Dios (“¿Por qué Dios permite esto?”), hay que preguntar al hombre: ¿cómo consentimos que tantos seres humanos vivan en la miseria, indefensos ante la naturaleza? La tragedia de Haití sigue al tsunami de Indonesia, y vendrán muchos más, porque tres cuartas partes de la humanidad viven en la pobreza, sin medios para controlar la naturaleza. Tenemos los recursos técnicos y materiales para reducir al mínimo estos desastres, pero la distribución internacional de la riqueza los invalida.

¿Y dónde está Dios? Seguimos esperando milagros divinos que cambien el curso de la naturaleza; apelamos a la Providencia para que intervenga en las catástrofes naturales; rezamos y pedimos prodigios y señales. Y Dios guarda silencio y no actúa como esperamos. No aprendemos de la historia. No paró la cruz en el Gólgota; no intervino para evitar Auschwitz; no es el Dios relojero de Newton, que ajusta el reloj natural de vez en cuando; no modifica las leyes de la creación, descubiertas por la ciencia. El hombre y el universo son obra de un creador que respeta la libertad humana y el dinamismo de la naturaleza. Si buscamos al Dios milagrero, siempre a la escucha de los deseos del hombre, busquémoslo en otra religión, no en la del Dios crucificado. Es inconcebible que los cristianos sigamos esperando intervenciones prodigiosas, como en tiempos de Jesús, sin asumir la mayoría de edad del hombre y la autonomía del universo, cuyas leyes conocemos cada vez más y mejor

En cambio, encontraremos a Dios, si lo buscamos identificándose con las víctimas y llamando a los hombres de buena voluntad a la solidaridad y la justicia; si esperamos que Dios nos inquiete, nos provoque y nos llame a colaborar de mil maneras para mitigar el dolor en Haití; si creemos que Dios no es neutral y que el contraste entre el gran mundo pobre y la minoría de países ricos clama al cielo. Hay que ayudar a Dios para que se haga presente en Haití, porque necesita de los hombres para que llegue allí el progreso y la justicia. Los muertos y refugiados de la catástrofe tienen hambre de justicia, la de las bienaventuranzas, y Dios necesita testigos suyos para hacerse presente.

Nadie puede hablar en nombre de las víctimas sin experimentar sus sufrimientos ni padecer su forma de vida; sólo podemos hacernos presentes a ellos. El protagonismo corresponde al ser humano: Dios es autor de la historia, en cuanto inspira, motiva y envía para la solidaridad y la justicia. El Dios cristiano no es la divinidad griega que siente celos del hombre y castiga a Prometeo, sino el que se enorgullece de la capacidad para generar vida con la ciencia y el progreso, sólo exigiendo que los recursos naturales se pongan al servicio de todos. Hay que actuar como “si Dios no existiera” y todo dependiera de nosotros, universalizar la solidaridad y cambiar las estructuras internacionales que condenan a pueblos enteros a la miseria. Desde ahí

podemos esperar todo de Dios y pedirle que fortalezca, inspire y motive a los que luchan por un mundo más justo y solidario.

Dentro de pocos meses Haití será un mero recuerdo, excepto para los que siguen allí, y los habremos olvidado, como a Indonesia o a las hambrunas del África sub-sahariana. La gran tragedia del siglo XXI es la de una humanidad que tiene recursos para acabar con el hambre y mitigar las catástrofes naturales, pero prefiere emplearlos en armamento, para defenderse de los pobres; en policías, para evitar que lleguen a nuestras islas de riqueza y en los despilfarros consumistas de una minoría de países. Del mal de Haití somos todos responsables y la solidaridad no puede quedarse en el acontecimiento puntual, aunque sea necesaria, sino que exige otra forma de vida.